

# Objetivo militar: la abstracción.

## la crueldad en la guerra colombiana

José Antonio Figueroa\*

A principios de 2001, Alfonso López Michelsen, quizá la figura más sobresaliente de la política tradicional colombiana, publicó sus memorias en una entrevista titulada *Palabras Pendientes. Conversaciones con Enrique Santos Calderón*. La elección de su entrevistador no fue gratuita porque, además de pertenecer a dos familias “visceralmente identificadas con la historia del partido liberal y de lo que ha sido parte del poder y la política colombiana de los últimos setenta años” (López y Santos 2001:11), ambos compartían una historia con deslices de izquierdas. López había producido un intento de cisma al interior del partido creando la facción denominada Movimiento Revolucionario Liberal en la década de los sesenta, mientras Enrique Santos había sido una de las piezas centrales de la Revista Alternativa, uno de los experimentos izquierdistas de García Márquez en la década de los setenta. Igualmente, Santos mantuvo durante un tiempo una línea editorial en *El Tiempo* de un corte un poco más progresista que lo acostumbrado en el país. Este pasado de ambos les permitía hablar como auténticos liberales colombianos, lo que sumado al carácter conversacional de la entrevista intentaba dar al libro un aire de espontaneidad en el espinoso tema de la política colombiana.

---

Antropólogo



Antonio Mena

Así, cuando Enrique Santos preguntó a López, el “crítico y serio pensador” quien, a su vez, “...nada como pez en el agua” en los escenarios formados por “El chisme fino, las mujeres bellas, los buenos vinos [y] la *dolce vita* nacional”, sobre las razones de la violencia en Colombia, López respondió:

“Indudablemente, estamos en la peor crisis de la historia de Colombia. Yo no vacilo en atribuírsela al hecho de que nos encontramos en las condiciones de un nuevo rico que se acaba de ganar la lotería y no sabe cómo administrarla. Desde hace veinte años nos hemos ganado sucesivas loterías que cambiaron nuestras condiciones de vida, y al cambiar las condiciones de vida cambia la escala de valores, cambian las virtudes tradicionales, cambia la manera de ser...”

---

Es que no se trata únicamente de analizar el caso de quienes se vincularon a los diferentes negocios que he mencionado, sino de que, como el dinero circula, no se necesita ser narcotraficante para que la casa o la finca mía suba tres o cuatro veces de precio. Puede incluso que yo no me dé cuenta de la razón por la cual el fenómeno se produce, pero el hecho brutal es que todo el mundo se beneficia con el narcotráfico, aun sin tener que ver con el mercadeo o el cultivo de la droga” (López 2001:99-100).

Y un poco mas adelante:

“Yo sostengo que el fenómeno actual de la violencia en Colombia es reciente. ¿En que sentido? En el sentido de que, a pesar de que en el siglo XIX hubo cincuenta y tantas guerras civiles, el carácter mismo de la violencia que se manifestó en aquellas guerras no es el mismo de ahora. ¿Por qué? Porque hoy en día no se trata solo de la agresión militar, sino del ambiente de agresividad que se respira en todos los círculos sociales. Colombia se ha vuelto un país estresado, que vive con los nervios de punta, y en donde la primera reacción de las personas, en todas las circunstancias, es de agresividad.

No era así en épocas anteriores. Por el contrario, cuando Colombia era un país pobre había una estrecha solidaridad entre sus habitantes, que incluso estaba por encima de las clases sociales. En la Costa Atlántica, por ejemplo, no existía la lucha de clases con las características que vemos en la actualidad. La gente vivía de manera muy igualitaria y todavía no se había presentado el síndrome de las sucesivas bonanzas de que hablamos al principio y crearon una nueva escala de valores” (López 2001:117).

Como se lee, en la perspectiva de López, las causas de la violencia contemporánea se encontrarían en la generalización del dinero por el narcotráfico, en la ruptura de un supuesto orden tradicional armónico y principalmente en el hecho de que esta circulación dineraria está en manos de sectores incapacitados de administrarla racionalmente. La atribución de las causas de la violencia a la irracionalidad de los *nuevos ricos* puede considerarse como un dato altamente significativo del rechazo que las elites colombianas tienen a la movili-

dad social y se puede considerar, mas bien, que es en este rechazo donde puede encontrarse una de las fuentes más efectivas de generalización de la violencia.

El análisis de López expresa un rechazo moral a la circulación dineraria y a la movilidad social. Este rechazo moral es un lado de la moneda. El otro es el ejercicio cotidiano de la violencia, que en el caso colombiano ha alcanzado unos impresionantes niveles de crueldad. La visión negativa de la circulación del dinero por parte de estas elites muestra cómo estos discursos están más próximos al conservadurismo corporativo que a sus pretendidas fuentes liberales. Los efectos producidos por la crueldad de la guerra en Colombia son análogos a los producidos por las formas de rechazo moral a la movilidad social, ya que ambos procedimientos evitan una inserción plena de los individuos a los beneficios de la modernidad capitalista.

En este artículo quisiera mostrar cómo la crueldad es un procedimiento que inhibe la circulación amplia de dos abstracciones de la modernidad: la abstracción de la circulación dineraria y la abstracción inherente al quehacer político moderno. Para esto es necesario reconocer que las abstracciones de la modernidad tienen un sustrato común en las radicales transformaciones que se producen en el campo del lenguaje y del discurso y que definen tanto la constitución de los nuevos sujetos como los nexos que los unen (Gutiérrez 2002, Laclau 1987, Lacan 1998).

A través del análisis del discurso anti-moderno de Antonin Artaud mostraré cómo la crueldad está en las antípodas del lenguaje moderno. Sus reflexiones en torno al teatro de la crueldad, enfocadas contra las abstracciones y contra la artificialidad del lenguaje moderno arrojan interesantes pistas para descubrir cómo la crueldad y el lenguaje moderno ocupan lugares opuestos. Igualmente, quisiera mostrar cómo este rechazo a las abstracciones de la modernidad puede concebirse como procedimientos de territorialización, es decir, como estrategias tendientes a anclar a vastos estamentos poblacionales en territorios fijos. Es-

tos territorios pueden ser de índole moral -como sucede con el tradicionalismo, la fijación en el pasado o el exotismo- o de índole geopolítica -como son las haciendas, las zonas extractivas o las zonas marginales urbanas-.

### **Crueldad y territorialización en el capitalismo periférico**

Las relaciones entre territorialización, abstracción y crueldad fueron señaladas por Deleuze y Guattari en *El Anti-Edipo*. En ese texto los autores establecieron una dicotomía entre la territorialización inherente a las lógicas sociales de lo “primitivo” y las abstracciones inherentes a la modernidad. La asociación entre territorialización y sociedad primitiva la establecieron a partir del análisis del papel que ocupa la tierra como una entidad única e indivisible cuya presencia obligaba a los individuos a inscribirse en ella como el lugar de realización del deseo y de la producción (Deleuze y Guattari 1974:146). El carácter total del valor de la tierra obliga a los hombres a anclarse fijamente en ella. De otro lado, el modelo opuesto a la imagen de la tierra como totalidad es el de los flujos que caracterizan a la generalización de la mercancía dinero y sus múltiples expresiones. La generalización de la mercancía dinero a todas las relaciones sociales elimina la fijación territorial y la sustituye por un flujo permanente que inunda toda la sociedad:

“Flujos descodificados... Flujo de propiedades que se venden, flujo de dinero que mana, flujo de producción y de medios... flujo de trabajadores que se desterritorializan: será preciso el encuentro de todos estos flujos descodificados, su conjunción, su reacción unos sobre otros, la contingencia de este encuentro, de esta conjunción, que se producen una vez, para que el capitalismo nazca y para que el antiguo sistema muera esta vez desde fuera, al mismo tiempo que nace la vida nueva y que el deseo recibe su nuevo nombre” (Deleuze y Guattari 1974:230).

La existencia de estos flujos ya había sido señalada por Marx en su análisis del capital,

quien sostuvo además la premisa de que la generalización del concepto de igualdad humana y la equivalencia entre trabajo y mercancía serían condiciones que permitirían reconocer el carácter descodificado y abstracto del capital (Marx 1976:152). De esta manera, las premisas deleuzianas y marxistas presuponen una imposición creciente de los elementos abstractos del capitalismo en el conjunto de la humanidad. Sin embargo, como ha sido señalado por distintos autores, la experiencia colonial es el límite estructural de las tendencias universalistas del capital. Las regiones coloniales, a pesar de ser productoras de mercancías, son el límite de las retóricas liberales de la libertad y de la igualdad (Guha 1997), son el espacio de recreación del tradicionalismo (Said 1990, Coronel 2000, Figueroa 2001), el lugar de desvío de las nociones disciplinares típicas de los modelos industriales (Stoler 2000) y el espacio predilecto de las proyecciones de los miedos y de las fantasías generadas en los centros coloniales (Fanon 1967, Fuss 1999). En definitiva, los espacios coloniales son el fin y el límite de la generalización de la abstracción y, por lo tanto, el lugar de recreación de las formas de territorialización propias de las formaciones pre-modernas.

La persistencia de lo colonial en América Latina republicana ha sido un tema central de las ciencias sociales en la región. En ese tema insistieron teorías que subrayaron la complejidad de los modos de producción y la articulación de formas arcaicas de trabajo con formas de alta movilidad financiera (Assadourian 1979, Stein y Stein 1988), así como autores contemporáneos que observan los “legados” del colonialismo en la ausencia de la clase media y la persistente informalidad laboral en el continente (Adelman 1999). Dentro del conjunto de continuidades en el modelo neocolonial quisiera subrayar el tratamiento diferenciado de la noción de cuerpo individual: mientras en el caso de los países del capitalismo central estaría determinado por las relaciones entre los procesos disciplinares y la construcción del yo (Foucault 1991), en el caso de los espacios neocoloniales, las distan-

---

cias de raza, clase y género, permiten que los cuerpos subalternizados puedan ser escenarios de distintas expresiones de crueldad. (Bhabha 1999, Fuss 1999, Stoler 2000). La fragilidad del cuerpo y su constitución como escenario de la crueldad es uno de los rasgos más evidentes de la crueldad de la violencia en Colombia (Uribe 1990, Taussig 1989, Sánchez 2000).

Mediante el análisis de las nociones elaboradas por uno de los pensadores vanguardistas contraculturales, quisiera mostrar cómo la crueldad puede concebirse como una estrategia eficiente en evitar el apareamiento de los elementos abstractos inherentes a la modernidad burguesa. Concretamente, haré referencia a las ideas que Antonin Artaud desarrolla en *El teatro de la crueldad*, obra que guarda ciertas analogías a las ideas que expone Nietzsche en *El Nacimiento de la Tragedia*, en el sentido en que en ambos casos los autores desarrollan una serie de reflexiones en contra de la artificialidad del mundo moderno, así como en contra de la pérdida de un sentido de unidad originario. Uno de los mecanismos que ambos autores desarrollan para recuperar el sentido de totalidad perdida fue el de los desplazamientos hacia *otros tiempos* como lo hizo Nietzsche hacia la Grecia presocrática o hacia *espacios exóticos* como lo hizo Artaud en su viaje a los tarahumaras de México. Artaud, como Nietzsche, considera que el elemento que aglutina todas las abstracciones y contra el que enfila sus baterías es el lenguaje moderno. Al criticar al lenguaje moderno Artaud ataca lo que es considerado por muchos como el espacio en el que se sintetiza el sentido de provisionalidad y de artificialidad que caracteriza al mundo moderno. Es decir, ataca el espacio en el que confluyen todas las negociaciones en las que se fundamenta la modernidad burguesa. Al colocar las tesis de Artaud en el escenario de la guerra colombiana podremos ver cómo infortunadamente una geografía neocolonial se convierte en el lugar de realización práctica de las fantasías estéticas de un vanguardista metropolitano.

Artaud desarrolla su tesis sobre el teatro de la crueldad en la década de los treinta, luego de un claro distanciamiento con los surrealistas<sup>1</sup>. Más que una concepción sobre el teatro, Artaud explícitamente pretendía eliminar la artificialidad burguesa y concibió al teatro como una posible vía de lograr su cometido. Consideraba que a través del teatro se podía expresar los tres elementos que, en su opinión, sacaban a relucir los límites de la modernidad burguesa: la locura, las experiencias que sobrepasaran los límites del sufrimiento y el silencio (Sontag 1976:xliv). Lo que se debe resaltar en estos tres lugares es su escepticismo total ante la comunicación moderna. En el caso del teatro de la crueldad sus análisis buscaban descentrar el texto y la palabra y colocar en su lugar “un tipo de lenguaje único a medio camino entre el gesto y el pensamiento” (Artaud 1976:242). La justificación de este nuevo lenguaje tenía que ver con la recuperación de la totalidad perdida, con la construcción de un nuevo holismo “que pudiera crear un tipo de ecuación pasional entre el Hombre, la Sociedad, la Naturaleza y los Objetos” (Artaud 1976:243).

La recuperación del sentido de totalidad a partir del espectáculo implicaba una radical transformación del espacio que cuestionaría las mismas definiciones de “actores” y “público” mediante la eliminación de la distancia que entre ellos promueve el teatro moderno. Inspirado por la noción de espacio sagrado buscaba reestablecer una comunicación directa entre el público y los actores colocando al espectador en el centro de la acción que lo envolvería y lo atraparía como en un fuego cruzado. En el nivel de las temáticas criticaba lo que denominaba el psicologismo, que trataba los niveles prosaicos de la vida como el dinero, las ansiedades económicas o el ascenso social a los que consideraba como la causa de la pérdida de la energía en el arte moderno. Proponía, en cambio, un teatro que, abandonan-

---

1 Elemento importante si se tiene en cuenta que los surrealistas no solo aceptaron las premisas de la abstracción moderna sino que incluso las radicalizaron.

do la psicología, describiera lo extraordinario, pusiera en escena los conflictos naturales, las fuerzas sutiles y naturales, que produjera trances y que se dirigiera al organismo y no al intelecto<sup>2</sup>. El fin último era acabar con el teatro moderno y sustituirlo por un rito tribal, sin distancias entre actor y espectador y sin

los principios de artificialidad que nutren las formas de escenificación propias del espectáculo moderno. En este proyecto la crueldad cumplía un papel central ya que la piel y el cuerpo se concebían como los caminos que harían que el todo perdido volviera a ser recuperado en los hombres<sup>3</sup>.

Al otorgar al teatro la función de recuperar el sentido de totalidad a partir de la



extraordinary, puts on the stage natural conflicts, natural and subtle forces, and which present itself first of all, as an exceptional force of redirection. A theater which produces trances, as the dancer of the Dervishes and the Isawas produces trances, and which addresses itself to the organism by precise means, and with the same means as the healing music of certain tribes which we admire on records but which we are incapable of originating among ourselves" (Artaud 1976:259).

- 3 "Whatever conflicts may haunt the mind of an age, I defy the spectator to whom violent scenes have transferred their body, who has felt superior action passing through his own body, who has seen the extraordinary and essential movements of his thought suddenly illuminated in extraordinary events—violence and bloodshed having been placed at the service of the violence of thought I defy this spectator to indulge outside the theater in ideas of war, rioting, or random murders" (Artaud 1976:258-259).

negación de la distancia entre actor y espectador, y desde la promoción de la violencia como mecanismo de recuperación del sentido ritual premoderno, Artaud intenta despojar al teatro moderno de las características propias de una estética secularizada. Su escepticismo ante la palabra escrita, su agresiva campaña contra el texto en el teatro, evita que aparezca una función fundamental de la escritura moderna: la de promover la erotización del impulso de muerte a través de su construcción como signo puro (Kristeva 1989:23).

De acuerdo con Kristeva, el objeto estético moderno es la decantación de un largo proceso de abstracción que empezó con el reconocimiento del vacío de la muerte de Dios y con la deliberada construcción de distancias entre el espectador y la obra. La sensación de la muerte de Dios impulsa a que el sujeto moderno intente superar el vacío existencial a partir de una distancia con el objeto perdido. En la distancia entre el espectador y la obra aparece el lenguaje moderno que, a su vez, se convierte en un tercero entre el sujeto moderno y el objeto perdido. Es este lenguaje el que da cabida a la entrada de los individuos al reino de los signos y de la creatividad. En contraste, en los casos en que se experimenta un escepticismo ante el lenguaje, como sucede en la melancolía y en la depresión profunda, el sujeto establece una conexión con el objeto perdido de naturaleza pre-verbal sobre la que se funda la violencia que sustituye al reconocimiento de la artificialidad del lenguaje (Kristeva 1989:23). En los casos de escepticismo comunicativo, la imposibilidad de construir una subjetividad deliberativa se reemplaza por la imagen del cuerpo como espacio donde el principio de muerte gana a la construcción erótica de la pérdida del objeto. Si las distancias entre el objeto perdido y el sujeto no se reconocen, el cuerpo aparece como la escenificación del principio de muerte. Al promover la crueldad como sustituto de la abstracción moderna, Artaud lanzó un golpe certero al sujeto deliberativo que acompaña la artificialidad moderna.

Una aproximación a la violencia colom-

---

biana nos muestra cómo, desafortunadamente, reflexiones como las de Artaud no son meras propuestas de las vanguardias estéticas. En la violencia colombiana confluyen los anhelos contraculturales de Artaud: la crueldad no es un fenómeno excepcional, sino un hecho regular (Taussig 1989, Uribe, 1990), a su vez, el ejercicio sistemático de la crueldad y el carácter orgiástico y colectivo de las masacres logra romper la distancia entre actor y espectador; el ejercicio de la crueldad imposibilita el surgimiento de la crítica inherente al lenguaje moderno. La crueldad evita, en fin, que aparezca el lenguaje moderno. Pero, a la vez, la crueldad de la guerra colombiana nos señala una de las paradojas de las fantasías metropolitanas hecha realidad: mientras en el caso de Artaud, y a pesar de sí mismo, sus teorías circulan como mercancías culturales, en el caso colombiano la escenificación de la crueldad es un eje central de la política real. Este ejercicio en la política hace que la crueldad funcione como uno de los mecanismos más eficientes de control de la movilidad social, ratificando así las fijaciones territoriales típicas de las formaciones neocoloniales<sup>4</sup>.

### **Mapiripán, Colombia y el teatro de la crueldad**

El siguiente es un resumen del informe presentado por Maria Cristina Caballero sobre una de las crueles masacres ocurridas en los últimos años en Colombia. Este reporte apareció originalmente publicado en la revista *Cambio 16* en 1997:

“Entre el 15 y el 20 de julio grupos paramilitares ejercieron su soberanía en el pueblo de Mapiripán, Meta, Colombia. Durante este tiempo, torturaron y asesinaron cerca de 30 pobladores. De acuerdo a fuentes militares,

---

<sup>4</sup> Dado que el objetivo de este trabajo es enfocarme en el tema de la crueldad, he dejado de lado cualquier referencia a la amplia gama de pensadores que en América Latina han teorizado sistemáticamente en contra del apareamiento de la artificialidad. Para esto puede consultarse a Figueroa (2001) y Coronel (2000).

el ejército había recibido información de la presencia de grupos paramilitares en la región desde el 14 de julio, cuando un grupo de 120 a 150 hombres marcharon hacia Mapiripán. El juez penal del pueblo, Leonardo Iván Cortés llamó al comandante del batallón del ejército durante ocho veces en búsqueda de apoyo. Sin embargo, el ejército esperó hasta el 21 de julio para enviar tropas, luego de que 25 personas del pueblo habían sido desmembradas estando vivas, de acuerdo con Cortés y otros testigos que vieron cómo las víctimas eran conducidas a la carnicería del pueblo. Muchos de los presentes dijeron que miembros de grupos paramilitares desmembraron salvajemente a sus amigos con machetes y cuchillos, arrojando los brazos y piernas a las turbulentas aguas del río Guaviare que bordea el pueblo.

La Aeronáutica civil confirmó que el 12 de julio un avión de la aerolínea Selva (Reg. No HK-3993) y otro avión privado (Reg. No HK-3993) dejó el Aeropuerto de los Cedros en ruta hacia San José del Guaviare, cerca al pueblo de Mapiripán. Todas las indicaciones muestran que estos aviones transportaban a las mismas fuerzas paramilitares que recogieron la cosecha de sangre en el pequeño pueblo. Los aviones aterrizaron en el Aeropuerto Capitán Jorge Enrique González de San José del Guaviare, donde el ejército nacional está encargado de monitorear la llegada y salida de todos los pasajeros. Lo extraño es que a pesar de que todas las personas que entran al terminal deben ser registrados en una oficina de inspección donde deben dejar sus datos personales, de acuerdo con las autoridades entrevistadas, los pasajeros del avión HK-4009 no aparecieron registrados en los libros.

Después de las ocho, cada noche los paramilitares empezaban la larga procesión de muertes. Cada casa donde llamaban a la puerta señalaba una ejecución.

Días después de la masacre, cada sobreviviente tenía su propia pesadilla que contar, aunque la mayoría prefirió quedar callada. A esto se suman rumores que dicen que la masacre nunca ocurrió. El Coronel Saavedra, capitán de la Policía del Guaviare, repite su versión de que él no cree que hubo una masacre real en Mapiripán. La razón que da es que cuando él estuvo allí no habían ni siquiera tres muertos.

Desde sus oficinas, adornadas con fotos de los atardeceres de la región, el Comandan-

te concluyó que la Cruz Roja exageraba los informes de lo que había pasado. “Nadie encontró nada aquí; nadie encontró un brazo. La Cruz Roja le dijo a los pobladores que exageraran para que así hubiera repercusiones. La Cruz Roja está metida en todo esto... ellos tienen que justificar su presencia allá porque ¿dónde están los cuerpos?”.

¿Qué nociones sobre el cuerpo, sobre el sujeto, sobre la soberanía y sobre la individualidad permiten que se construya y se recree ese espectáculo dantesco de la crueldad? ¿Qué tipo de cultura política permite la existencia de prácticas de desmembramiento de cuerpos vivos, de mutilaciones, de individuos lacerados con motosierras, de civiles eliminados masivamente por *error*, de violaciones masivas, como formas de dirimir las contiendas políticas? ¿Y, quizá peor aún, de qué ideas se nutre y fortifica la práctica de la negación oficial de los hechos brutales, del silenciamiento del dolor, en fin, de la imposición eficiente del silencio y la desmemoria?

Si Foucault demostró que el perfeccionamiento de los aparatos disciplinares de la burguesía desvió la inscripción y la marca del poder de los cuerpos hacia las mentes, la violencia colombiana, de manera análoga a mucha de la violencia del denominado tercer mundo, muestra cómo el cuerpo y la mente ocupan la misma valoración en el momento de ejercicio del poder. Hay en la cultura política colombiana ciertos elementos que nos permiten recorrer algunos trazos que señalan los procedimientos a través de los cuales se crean y recrean estas nociones. Sobresale, en primer lugar, la conformación sistemática de un escepticismo comunicacional sobre la arena política. Los procedimientos de conformación de este escepticismo son varios: en el análisis de los rasgos de los partidos políticos colombianos se ha identificado cómo estos se caracterizaron por promover y estimular redes de lealtades interclasistas en los que la rigidez y la ausencia de disenso son componentes centrales de agrupaciones que actúan más como grupos étnicos o religiosos que como asociaciones políticas (Oquist 1980, Leal 1989).

La novela *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazabal se describe uno de los cuadros más intensos sobre las consecuencias de las afiliaciones políticas fundamentadas en la lealtad. Éste fue el caso del conservador León María Lozano, el rey de los Pájaros, *el Cóndor*, quien impuso un régimen fascista en Tulúa en el Valle del Cauca y sus inmediaciones durante el período de violencia de los años cuarenta y cincuenta. León María Lozano montó una eficiente maquinaria administrativa encargada de asesinar, aterrorizar y silenciar a los pobladores de la zona. A través de su estrategia cambió los patrones de tenencia de la tierra, las reglas del comercio regional y las costumbres cotidianas. Descrito como alguien que se veía a sí mismo como alejado de los intereses mundanos, León María Lozano rediseñó a Tulúa. Una vez sus acciones se implementaron con toda eficiencia, la demografía y el vivir cotidiano de los pueblos de la región cambiaron de rostro. Dentro de las características del *Cóndor*, la de su rechazo fundamentalista a cualquier divergencia en los niveles políticos y religiosos es una de las más intrigantes y desafortunadas muestras del tipo de subjetividad creado por el bipartidismo colombiano (Álvarez 1974).

Una de las formas más eficientes de promoción del escepticismo se produce sustituyendo la deliberación por los reclamos de lealtad, lo que hizo de los partidos políticos tradicionales unas lealtades multiclassistas osificadas (Oquist 1980). La lealtad y el fundamentalismo político muestran cómo el escepticismo político y el escepticismo verbal surgen de una misma matriz y, también, cómo las estructuras neo-coloniales promueven estos escepticismos. En las estructuras neocoloniales se inhibe el apareamiento y la consolidación de los ejes comunicacionales modernos. Fanon definió la relación intersubjetiva en el contexto colonial desde los presupuestos hegelianos del amo y del esclavo (Bhabha 1999), y desde el uso de las categorías lacanianas del Yo y del Otro (Fuss 1999). En ambos casos, buscaba problematizar la pertinencia de las categorías de intersubjetividad inherentes a la dualidad

---

cuerpo/alma como construcción recurrente del pensamiento moderno. En los contextos neocoloniales, en los cuales las condiciones elementales de la relación intersubjetiva no se dan, las relaciones entre el Yo y el Otro no cumplen los distintos pasos que Lacán consideraba fundamentales en la construcción de la imagen del ego<sup>5</sup>, y la violencia toma cuerpo legítimo porque las premisas no se dan entre sujetos sino entre sujetos y sujetos-objetivados. Otro de los resultados del escepticismo comunicacional en el ámbito político es el de promover un modelo fundamentado en la ausencia del consenso y en una débil construcción de lo público que serían rasgos que permiten hablar de dominaciones sin hegemonía en los contextos coloniales y neocoloniales (Guha 1997). Lejos de promover un ambiente atravesado por la irrigación de los valores universalistas en el todo social y por la construcción de unos aparatos pedagógicos y culturales tendientes a afirmar la hegemonía (Gramsci 1980), las clases dominantes de los países neocoloniales promueven simultáneamente la construcción de subjetividades vulnerables a la crueldad, campanas limitadas y diferenciadas de ciudadanización y diferenciaciones radicales entre los estamentos sociales.

El otro campo del escepticismo es el de los temores a la generalización de la mercancía dinero y las abstracciones inherentes a ella. Las declaraciones de López, al achacar la violencia contemporánea a la irrigación vasta del dinero y a la incapacidad administrativa de la mayoría, describe la plena convicción de representantes de las elites de que la circulación

dineraria debe restringirse solo a los estamentos que se consideran portadores de esta racionalidad. Su visión imaginaria de un pasado armónico ancla fijamente a las mayorías colombianas a una idílica temporalidad donde las relaciones sociales no habían sido corrompidas por la irrupción del dinero. Este lado moral tiene su contraparte en la generalización de la violencia sobre el cuerpo global de la sociedad colombiana como resultado de la creciente inserción de estamentos poblacionales a los beneficios dinerarios del narcotráfico. Siendo el narcotráfico una forma por excelencia ilegítima de satisfacción del deseo dinerario y de la movilidad social, la sensación de fragilidad se amplía a estamentos cada vez más amplios de la población. Sometidos a una profunda crisis industrial y agrícola, que resulta de los cambios estructurales de la globalización, una creciente masa de campesinos y de sectores urbanos encuentra en el narcotráfico y en actividades ligadas a éste vías de capitalización. Como actividad ilegalizada nacional e internacionalmente, la generalización del narcotráfico se acompaña de la creciente creación de escenarios de la crueldad; es decir, de espacios sin crítica, sin palabras, escépticos y espectaculares. En fin, los delirios de Artaud expresados en toda su vehemencia.

## Bibliografía

- Álvarez Gardeazabal, Gustavo, 1974, *Cóndores no entierran todos los días*, Ariel, Bogotá, Quito y Guayaquil.
- Artaud, Antonin, 1976, *Selected Writings*, Edited and with an introduction by Susan Sontag, s.e., s.l.
- Betancourt, Darío y García, Marta Luz, 1993, "Narcotráfico e historia de la mafia colombiana", en *Violencia en la región andina: el caso Colombia*, Cinep, Bogotá.
- Bhabha, Homi, 1999, "Remembering Fanon: Self, Psyche and Colonial Condition", en Nigel Gibson, editor, *Rethinking Fanon*, Humanity Books, New York.
- Coronel, Valeria, 2000, "Secularización cató-

---

5 Fuss sintetiza así la propuesta lacaniana sobre las distintas posibilidades de relación intersubjetiva: "first, the other (small 'o') denotes a specular relation to an imaginary rival, while the Other (capital 'O') designates a linguistic relation to a Symbolic interlocutor; second, the other depends upon a narcissistic relation, while the Other marks the locus of intersubjectivity; and, third, the other is produced as an effect of primary identification in which the subject recognizes itself in its own image, while the Other is constructed as an effect of secondary identification in which the subject recognizes shifts its point of address to another speaking subject...".



- lica e integrista social en un modernismo periférico. Miguel Antonio Caro y la delimitación de la filosofía social en Colombia” en Santiago Castro Gómez, editor, *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, Colección Pensar, Universidad Javeriana, Bogotá.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, 1974, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barral editores, Barcelona.
- Fanon, Franz, 1967, *Black Skin White Masks*, Markman, New York.
- , 1968, *The Wretched of the Earth*, Markman, New York.
- Figuroa, José Antonio, 2001, *Del nacionalismo al exilio interior: el contraste de la experiencia modernista en Cataluña y los Andes americanos*, Convenio Andrés Bello, Bogotá.
- Foucault, Michel, 1991, *Historia de la sexualidad* (3 tomos), Siglo XXI editores, México.
- Fuss, Diana, 1999, “Interior Colonies: Frantz Fanon and the Politics of Identification” en Nigel Gibson, editor, *Rethinking Fanon. The continuing Dialogue*, Humanity books, New York.
- Gramsci, Antonio, 1980, *Selections from the Prison Notebooks*, International publishers, New York.
- Guha, Ranajit, 1997, *Dominance without Hegemony. History and power in colonial India*, Harvard University Press, Cambridge, London.
- Gutiérrez, Daniel, 2002, “Figuras del sujeto” en *Íconos* No. 13, marzo, Flacso-Ecuador, Quito.
- Hartlyn, Jonathan, 1988, *The Politics of Coalition Rule in Colombia*, Cambridge University Press, New York.
- Kristeva, Julia, 1989, *Black Sun Depression and Melancholia*, Columbia University Press, New York.
- Lacan, Jacques, “The Four Fundamental Concepts of Psychoanalysis”, s.f., s.e., s.l.
- , 1998, *The Seminar of Jacques Lacan*, Libro XI, editado por Jacques Alain Miller, Norton Paperback, Library of Congress Cataloging Data.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, 1987, *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid.
- Leal Buitrago, Francisco, 1989, *Estado y política en Colombia*, Siglo XXI, Colombia.
- López Michelsen, Alfonso, 2001, *Palabras pendientes. Conversaciones con Enrique Santos Calderón*, El Áncora editores, Bogotá.
- Marx, Karl, 1976, *Capital*, volumen uno, The Marx Library, Vintage Books edition, New York.
- Oquist, Paul, 1980, *Violence, Conflict, and Politics in Colombia*, Academic Press, New York.
- Palacios Palacios, Marco, 1995, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Norma Santafé de Bogotá.
- Roldan, Mary, 1999, “Cocaine and the “Miracle” of Modernity in Medellín” en Paul Gootenberg, editor, *Cocaine Global Histories*, Routledge, New York.
- Said, Edward, 1990, *Orientalismo*, Libertarias/prodhufi, s.l.
- Sontag, Susan, 1976, *Antonin Artaud. Selected Writings*, Edited and with an introduction by Susan Sontag, s.e., s.l.
- Stoler, Ann Laura, 1995, *Race and the Education of Desire Foucault’s History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Duke University, Durham and London.
- Stein Stanley, J., y Stein, Barbara, 1988, *La herencia colonial en América Latina*, Siglo XXI, México, España, Argentina, Colombia.
- Taussig, Michel, 1989, “Terror as usual: Walter Benjamin’s Theory of History as a State of Siege” en *Social Text*, volumen 23, s.l.
- Uribe, María Victoria, 1990, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la violencia en el Tolima 1948-1964*, Centro de investigación y educación popular, Cinep, Bogotá.